

# LA CULTURA EN MADRID

Por **Andrés Amorós**

*Crítico literario y teatral. Catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense. Premio Nacional de Crítica Literaria y Ensayo y Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Autor de «Introducción a la novela contemporánea», «La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala» y de una edición crítica de «Rayuela».*



Castillo famoso, ciudad madre de todos, poblachón manchego, príncipe novelesco, ombligo del mundo, señora de cien provincias, yema de España, villa de las siete estrellas, patria de todos, capital de dos mundos, villa golfa y señora como las duquesas de los romances, cabeza del sol, este Madrid que llevamos dentro y que dentro de él nos lleva y nos trae, rompeolas de todas las Españas, el pueblo menos solemne de nuestra geografía... Madrid. Para los posmódnos, Madriz. Madrid me mata. Con ritmo trimembre de Agustín Lara: Madrid, Madrid, Madrid.

Dentro del repaso que está dando este Boletín Informativo, parece lógico no olvidarse de Madrid. Sin embargo, es evidente que se plantean, aquí, problemas peculiares.

Resulta que Madrid es la capital de España. Por eso, se agrupan en Madrid una serie de recursos —y de problemas— propios

\* BAJO la rúbrica de «Ensayos», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Albacete; *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia; *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas,

de toda la cultura española. ¿Cómo separar la cultura propiamente madrileña de la nacional que se produce o manifiesta en la capital?

Un ejemplo muy concreto: coinciden, en esta villa y corte, actividades culturales promovidas por el Ayuntamiento, la Comunidad Autónoma y el Ministerio de Cultura. De cara al posible consumidor —mejor sería decir: gozador— esta competencia parece buena, obviamente; sin embargo, también puede dar lugar a celos absurdos, falta de coordinación y deseos casi ridículos de aventajar al colega. Lo estamos viendo todos los días.

Sin plantearnos cuestiones metafísicas, ¿en qué consiste la cultura de esta ciudad? En un momento en el que se buscan —o inventan— señas de identidad al alcance de todos los bolsillos, ¿cuáles serán las madrileñas?

Hay que partir, me parece, de un hecho evidente: la ausencia de rasgos diferenciales; o, por lo menos, su escasa definición. Frente al prejuicio romántico, es posible que Madrid sea poco «diferente». O quizá consista en eso, precisamente, su peculiar diferencia.

Para que una ciudad mejore y se perfeccione es preciso que sus moradores estén un poco enamorados de ella. Así les ha sucedido, por ejemplo, a los habitantes de Sevilla, de Venecia, de París, de Salzburgo, de Nueva York. No se predica lo mismo, ciertamente, de los madrileños.

Esa falta de conciencia comunitaria se agravaba, en los últimos años, por un par de circunstancias. Conscientemente o no, muchos madrileños progresistas sentían cierta mala conciencia ante las acusaciones al centralismo franquista. A la vez, muchos nos sentíamos avergonzados ante un madrileñismo apolillado, chulángano y hortera.

Con el cambio político se han venido abajo muchos de estos

▷ profesor de Enseñanza Media y crítico literario; *La cultura en Aragón*, por José Carlos Mainer, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza; *Las Islas Canarias: una litigiosa identidad cultural*, por Domingo Pérez Minik, escritor y crítico literario; *Conflicto y actualidad de la cultura valenciana*, por Ricardo Bellver, crítico literario; *Panorámica de la cultura gallega*, por Domingo García-Sabell, Presidente de la Real Academia Gallega; *La cultura en el Principado de Asturias*, por Emilio Alarcos Llorach, catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo; *Las coordenadas culturales de Cantabria*, por Francisco-Ignacio de Cáceres y Blanco, catedrático excedente de Geografía e Historia; *La cultura en Navarra*, por Jesús Martínez Torres, periodista y licenciado en Filosofía y Letras; *Castilla y León: hacia la superación de un mito cultural*, por Víctor García de la Concha, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Salamanca; y *Aproximación a la cultura extremeña*, por Manuel Terrón Albarrán, académico y Secretario Perpetuo de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

prejuicios. Los presuntos privilegios que trajo a la ciudad el franquismo, con tantas contrapartidas onerosas, no existen ya en el estado de las autonomías. No hay ya razón para infantiles complejos de superioridad ni de culpa.

Por azares de la historia, resulta que esta ciudad artificial, administrativa, reciente, se ha convertido en una gran metrópoli, con todas las posibilidades, la incomodidad y la deshumanización que eso trae consigo. Los que vivimos en Madrid hemos tenido que redescubrir nuestra ciudad e intentar hacerla más habitable.

No tenemos, ciertamente, el arte de Toledo, la personalidad de Santiago, el clima de Alicante, la tradición burguesa de Barcelona, el aire de Sevilla... A cambio, el tópico sigue siendo cierto: Madrid puede ser la ciudad donde nadie se sienta ajeno, donde quepa todo; en estos momentos, el lugar donde la autonomía no conduzca a exclusivismos provincianos ni al espíritu de campanario. Quizá eso sea bueno. A mí, por lo menos, así me lo parece.

Se ha hablado mucho, últimamente, de la «movida» madrileña, de que vivimos una etapa dorada... Tratemos de no desorbitar las cosas, dentro del inevitable subjetivismo de las valoraciones. En nuestra ciudad —y no sólo en ella— la democracia y la llegada al poder de un partido de izquierdas hicieron nacer grandes esperanzas, también en el terreno cultural. Intentando la máxima ecuanimidad, no parece injusto señalar que estas esperanzas sólo se han visto parcialmente confirmadas por el paso del tiempo. Es lógico, aunque no sea ilusionante: aquí, como en todas partes, no hay más cera que la que arde y un país no cambia de la noche a la mañana, aunque muchas cosas estén cambiando.

En el terreno de la cultura madrileña —y española— ha sido inevitable recordar, muchas veces, la célebre distinción: la España oficial frente a la España real; el Ministerio de Cultura (de UCD o del PSOE, por no imaginar lo que sería con Alianza Popular) y la cultura que se produce al margen de los políticos y los funcionarios, en la soledad de los creadores o en la comunidad de las calles y las plazas.

Son tópicos inevitables, pero que responden —creo— a la realidad. Se ha producido en esta ciudad una auténtica explosión de cultura en libertad, han renacido los barrios, se han recuperado fiestas y tradiciones, se han creado nuevos «lugares de encuentro»...

A mi juicio, lo peor ha sido el populismo artificial de muchas iniciativas culturales; la falta de criterio, de profesionalidad, de exigencia... Sin mantener un nivel de calidad, nos despeñaremos,

otra vez, en lamentables juegos florales, en «la España de charanga y pandereta», por muchos afeites «progres» que se le pongan.

¿Y lo mejor? Sin duda, las ganas que tiene la gente de divertirse, de recuperar el tiempo perdido, de olvidar para siempre las viejas prohibiciones y disfrutar de la vida...

En una carta a Laverde, escribía don Juan Valera unas frases que me parecen memorables: «Yo soy en esto como el Aquiles de Homero, que amaba la vida por encima de todo, y allá en el Orco le dijo a Ulises que daría toda su gloria inmortal por volver a vivir, aunque fuera un perro sarnoso. En fin, viva la vida y amémosla, a pesar de todos los males. Sin este amor de la vida, ni los individuos ni los pueblos suelen hacer nada bueno». Me parece que los madrileños —y los españoles, en general— pueden hacer algo bueno porque se están liberando rápidamente de viejos fantasmas culturales. Esperemos...

Oí una vez a un Ministro de Cultura mostrarse preocupado por la falta de demanda cultural. Su miopía le impedía advertir que lo preocupante era la falta de oferta... Ha bastado abrir las ventanas y respirar el clima sano de la libertad para que se disparara esa demanda. En nuestra ciudad, hemos visto colas enormes en conciertos, óperas y zarzuelas, en algunos espectáculos teatrales y hasta en ciertas exposiciones y conferencias.

¿Qué opinaremos de eso? Woody Allen nos advertiría de los riesgos y nos enseñaría cómo acabar con la cultura de una vez por todas y para siempre... Ya en serio, podemos temer los excesos de una educación que se empeña en hacer «cultos» a todos los alumnos, pero también hemos de alegrarnos de que más gente disfrute con los bienes culturales.

¿Con todos o sólo con algunos? No podemos olvidar, hoy, la necesidad absoluta de difundir bien los actos culturales, si no queremos que se pierdan, como una gota de agua, en el océano madrileño.

Rige aquí —me parece observar— una ley de los extremos: o todo o nada. O están vacíos un teatro, una exposición, una sala de conferencias, o hay colas para entrar.

Hasta hace poco, quizá, el público era más definido y mucho más limitado. Hoy ya no existe, por ejemplo, ese público de aficionados al teatro que iba a ver cualquier obra discreta. Hace poco «La ronda» y «Buenos» tuvieron que interrumpir sus representaciones a los pocos días del estreno, mientras que «Luces de bohemia», «La casa de Bernarda Alba» o «Las bicicletas son para

el verano» han planteado verdaderos problemas de orden público...

Existe hoy —al menos en potencia— un nuevo público juvenil, mucho más amplio que el que tradicionalmente asistía a las manifestaciones culturales. Un fenómeno tan positivo tiene su inevitable contrapartida: ese nuevo público es muy fácilmente manipulable, suele seguir a ciegas los dictados de la Televisión o de las páginas culturales de «El País».

En todo caso, los que hemos vivido lo que era la cultura durante el franquismo no podemos dejar de sentir gozo cuando vemos las colas para una exposición de Cézanne, una representación de «Tosca» o una conferencia de Torrente Ballester.

Quizá ese pulso cultural, que existió en Barcelona hace unos años, haya pasado hoy a Madrid. Con todas las limitaciones que sean necesarias, la sensación gozosa de vitalidad me parece innegable.

\* \* \*

Estas vistosas estrellitas —como diría Julio Cortázar— señalan el paso obligado a algunos sectores concretos, sin ninguna pretensión de que el panorama sea completo.

La cartelera madrileña ofrece hoy platos para todos los gustos: la semana en la que escribo (a fines de febrero de 1985), por ejemplo, se anuncian más de ciento cincuenta salas de cine. Mucho han cambiado las cosas en los últimos años... La gente de mi edad recordará, quizá, con nostalgia aquellos viajes a París en los que teníamos que multiplicarnos para ver algunas de las muchísimas películas que, por una u otra causa, aquí no llegaban. Ahora, en cambio, llega ya casi todo, como en cualquier otra capital europea. Desapareció la censura, aparecieron las salas X y... no se hundió nuestra cultura ni se quebrantaron los fundamentos de nuestra convivencia. ¡Menos mal!

Pensando en los jóvenes que hoy están en la Universidad, la cartelera madrileña —como antes la de París o Londres— les ofrece la posibilidad de conocer fácilmente gran parte de la historia del cine. Se está reorganizando la Filmoteca Nacional, pero abundan los Cinestudios, que reponen una y otra vez las películas inolvidables, algunas veces —demasiado pocas, todavía— en versión original. En general, las salas de estreno han caído bajo el imperio de las grandes compañías norteamericanas, pero el «nuevo cine español» ha conseguido importantes éxitos comerciales, que han hecho posible su pervivencia.

En música sinfónica, seguimos limitados al Teatro Real. Crece, indudablemente, la afición entre los jóvenes, pero el panorama ofrece bruscos contrastes. Todavía hay algo de paletismo en la competencia por estar presentes y que le vean a uno en el concierto de Solti o de Bernstein, pero se atiende mucho menos a la música de cámara, con las consabidas excepciones: ciclo de Cámara y Polifonía, Lunes de Radio Nacional de España, Fundación Juan March, «Cantar y Tañer», Juventudes Musicales...

Sin llegar, ciertamente, a casos como los de Londres o Nueva York, el aficionado madrileño suele tener, cada día, varios conciertos para elegir. El contraste descorazonador lo ofrecen las enormes colas, a comienzos de curso, ante un Conservatorio impotente para atender la creciente demanda social... Pero ése es sólo un aspecto de la necesaria reforma de las enseñanzas artísticas: plásticas, musicales, teatrales...

De acuerdo con lo que sucede en Europa, los jóvenes madrileños se agolpan en las colas para la ópera —y, entre nosotros, también la zarzuela—. Hemos avanzado bastante en la ampliación de unos «amigos de la ópera» que atienden a la musicalidad y teatralidad del espectáculo, no sólo a los trinos del «divo» de turno. De todos modos, dependemos todavía demasiado de los caprichos de las «estrellas»: el reciente conflicto de Renato Bruson con Francisco Nieva lo ha mostrado, una vez más.

El verdadero cambio, en esto, podrá llegar cuando exista el nuevo Auditorio para conciertos, con más de una sala —se van a iniciar ya las obras, según creo— y el Teatro Real vuelva a ser nuestro teatro de ópera, reservando el de la Zarzuela para el género que le da nombre. Eso permitirá —y hará necesarios, a la vez— la formación de conjuntos estables y la programación a largo plazo.

Ha aumentado enormemente, en los últimos años, la afición por el ballet. La razón me parece clara: la multiplicación de academias y escuelas de baile. Todavía se advierte —me parece— la falta de criterio de muchos de estos recientes aficionados. (Lo mismo sucede en el terreno de los que asisten, hoy, en proporción creciente a las corridas de toros).

Se extiende también la afición al «jazz», mantenida de modo ejemplar por el Colegio Mayor San Juan Evangelista, que ha cristalizado en un buen Festival madrileño.

Hemos oído —¡por fin!— a los Rolling Stones, a Dylan, a Simón y Garfunkel, a Lou Reed, a Tina Turner, a Leonard Cohen... No era sólo nostalgia; más bien, «asignaturas pendientes»,

según la feliz expresión de José Luis Garci, que nos han llegado tarde. En todo caso, han sido noches hermosas para los aficionados a la música, al margen de todas las interpretaciones sociológicas o teorías más o menos brillantes que quieran hacerse.

La actual «movida» no tendrá que plantearse estos problemas, pues está instalada con toda naturalidad en lo rigurosamente actual. Y, en muchos cafés restaurados, los jóvenes se agolpan para oír «en vivo» actuaciones musicales que lanzan, con facilidad, el puente entre el «pop» y el barroco.

Con motivo de la feria Arco 85, escribía hace muy poco Antonio Saura: «El incipiente comercio artístico en España, el interés evidente de un público que visita masivamente las exposiciones, la propia apertura cultural del país, no repercuten todavía, desgraciadamente, en el terreno económico y promocional: las galerías malviven, los museos y los coleccionistas, prácticamente inexistentes, no adquieren las obras de los artistas nacionales, y menos aún las de los creadores extranjeros». Según su diagnóstico, «el interés creciente por las artes plásticas en un público joven y todavía mal informado» conduce al imperio de las modas, interesadamente impuestas y pasivamente aceptadas.

Con su dureza, no me parece que le falte la razón a Saura. Por un lado, tenemos la realidad gozosa de las grandes exposiciones (del Estado, de la Fundación Juan March, de la Caixa, del Banco de Bilbao, del Banco Exterior) y, sobre todo, del interés creciente de un público juvenil. Quiero subrayar el atractivo de las exposiciones en el Jardín Botánico, un hermoso ámbito dieciochesco, y de las que organiza últimamente la Dirección General de Arquitectura. La desorientación y la desigualdad dominan, en cambio, en las salas municipales del Centro Cultural de la Villa y del Conde Duque.

Por otra parte, los museos siguen siendo objeto de polémicas: algunas veces, provincianas (la restauración de «Las Meninas») o politizadas (la del Museo de Arte Contemporáneo). En todo caso, no cabe negar sus reales carencias.

En el horizonte apunta la gran posibilidad del Centro Cultural Reina Sofía, si llega a realizarse. Además de la enorme inversión que supone, me asusta ver ya cómo los distintos grupos de presión intentan apropiárselo con razones presuntamente culturales; en realidad, para conseguir un poco más de poder y de dinero... Esta es —me parece— una ocasión única. No es fácil que vuelva a presentarse una posibilidad semejante de crear un gran centro con criterios de hoy, abierto al mundo de la cultura viva, no sólo

académica. Si no se entiende eso, tendremos un museo más, quizá más grande, pero tan «histórico» como los otros, para que se disputen su dirección las habituales capillitas.

Luces y sombras, de modo semejante, dibujan nuestra silueta teatral, partiendo del hecho indudable de que Madrid es la capital mundial del teatro en lengua española.

Ante la crisis inevitable del teatro comercial, florecen los que podemos llamar teatros institucionales. Del Ministerio de Cultura dependen: el Centro Dramático Nacional (Teatro María Guerrero), criticado por sus presupuestos, pero que, con Lluís Pasqual, ha conseguido presentar espectáculos de notable categoría y difundirlos dentro y fuera de España; también, el muy reciente Centro Nacional de Nuevas Tendencias Escénicas (Sala Olimpia), que busca su camino en la promoción del nuevo teatro, con lo inevitablemente azaroso de estas búsquedas.

De trayectorias mucho más irregulares son las salas municipales: el Teatro Español ha tenido grandes fracasos, enderezados luego por los directores José Luis Gómez y Miguel Narros. El Centro Cultural de la Villa de Madrid ofrece una programación (en teatro y en cursos o conferencias) absolutamente desconcertante, en la que alternan lo excelente con lo malo, sin mantener un nivel de exigencia.

A esto hay que añadir las salas del Círculo de Bellas Artes, de andadura titubeante, y la futura actuación de la Comunidad Autónoma que, además de triunfar en el empeño de crear un gran Festival de Otoño, pretende regir una sala madrileña.

Se han cerrado no pocos locales escénicos: Arlequín, Arniches, Eslava, Torre de Madrid, Gayo Vallecana... Renacen con dificultad otros: Progreso, Lara, Pavón. Se ha inaugurado la Sala del Mirador, para marionetas. En el terreno del «off-Broadway» madrileño, siguen con su difícil empeño las Salas Olimpia, Cadarso y San Pol.

Las habituales lamentaciones sobre la crisis teatral pueden concretarse, al menos, en dos puntos: los problemas económicos que plantea cualquier montaje un poco complicado —¿cuál no lo es?— y lo difícil que es lograr un resultado estéticamente aceptable. Muy acostumbrados estamos, por desgracia, a proyectos sugestivos... que se quedan en eso, sin conseguir una realización válida. Eso nos separa claramente, por ejemplo, de lo que sucede con el teatro en Londres.

La cartelera madrileña, sin embargo, es, ahora, amplia y variada. Por nuestros escenarios desfila un número de espectáculos

verdaderamente grande y representativo de lo que hoy se hace en el mundo entero. Además, como ha demostrado irrefutablemente María Francisca Vilches, no son los espectáculos habitualmente considerados «comerciales» los que atraen más al público. Recordemos los éxitos de Dario Fo, Gassmann, Victoria Chaplin, el Piccolo, Flotats; de Joglars, Comediants, La Fura dels Baus; de «Las bicicletas son para el verano», «Tres sombreros de copa», «Eloísa está debajo de un almendro», «Luces de bohemia», «La casa de Bernarda Alba»... Existe —no cabe duda— un nuevo público que puede acudir con fervor a espectáculos que no corresponden ya al esquema tradicional del teatro «de consumo».

No quiero dejar la escena sin referirme mínimamente a su estudio. Sigue la incomunicación casi total entre nuestro teatro y nuestra Universidad —un síntoma claro de la sensibilidad de ésta por la cultura viva—. Se ha creado el Centro Nacional de Documentación Teatral, que edita la utilísima revista «El público». La Biblioteca de la Fundación Juan March presta un inestimable servicio al estudioso de nuestro teatro. Y seguimos sin tener una videoteca teatral aceptable, como hoy sería absolutamente imprescindible. (Para estudiar algunos montajes de teatro español, podemos recurrir —con la lógica vergüenza— al archivo de la Bienal de Venecia).

Del teatro me he pasado a una escena todavía más sombría, la de nuestras Bibliotecas y Archivos. Sigue siendo ésta, a mi modo de ver, la gran vergüenza de nuestra política cultural, el terreno en el que mejor se advierte la escasa sensibilidad para la cultura de nuestros políticos —de cualquier partido— y de nuestra sociedad. Baste recordar, como botón de muestra, que no causa ningún escándalo leer, hace unos días, que sólo la tercera parte de los manuscritos de la Biblioteca Nacional están catalogados...

Muchas cosas mejoran también en este terreno, por supuesto: por ejemplo, las nuevas instalaciones de las Hemerotecas Municipal y Nacional, así como la situación de las Bibliotecas Populares y de algunas Universitarias. Sin embargo, este tema sigue siendo verdaderamente dramático, y no me refiero tanto a la existencia de fondos bibliográficos como a su correcta catalogación y a la posibilidad fácil de consultarlos. Si alguien cree que exagero, bastará con que vea los huecos de algunas miniaturas, recortadas de los beatos mozárabes del Archivo Histórico Nacional, o compruebe cuánto tiempo tardan en servirle un libro, en la Biblioteca Nacional...

Mientras no seamos conscientes de este problema y logremos que nuestras bibliotecas posean los medios y el personal suficiente, toda nuestra cultura —en Madrid y en cualquier rincón de la Península— reposará sobre bases muy poco sólidas.

\* \* \*

Llego ya al final de este recorrido, lleno de fuertes contrastes —tan españoles—, de luces y sombras. Por un lado, la cultura, en Madrid, se mueve, está viva. Por otro, permanecen nuestros viejos fantasmas: desidia, improvisación, falta de información y de planear las cosas a medio y largo plazo. Consecuencias inevitables son el imperio superficial de las modas, la escasez de verdadera crítica, el estar de vuelta de muchas cosas sin haberlas conocido de verdad, las reacciones viscerales de inferioridad o superioridad...

La tentación sería proclamar que la cultura, en Madrid, está en las calles y plazas, en los barrios, en los renacidos cafés, en las nuevas tertulias, al margen —si no en contra— de la cultura oficial. No sería justo... del todo. Frente al mito de la espontaneidad, conviene recordar que muchas cosas —también en el terreno de la cultura— sólo se pueden hacer desde arriba. Por eso, nos toca desear que nuestros dirigentes culturales sean menos politizados, menos demagógicos, más profesionales... más cultos, en fin. Nos toca, también, proclamar nuestra normalidad europea, en la nueva situación democrática: en lo cultural —y en todo lo demás— somos un país como cualquier otro, ni mejor ni peor, con muchos problemas, históricos y actuales, pero, también, con enormes posibilidades.

Madrid —sin tópicos— es, hoy, una de las ciudades más vivas de Europa. Quizás la radio pueda ser el símbolo de esa renacida vitalidad: de la frescura, la variedad y la alegría con que se manifiesta la cultura en libertad.

Al margen de modas más o menos artificiales, los madrileños, hoy, desean disfrutar de la vida, olvidar las represiones tradicionales de la España negra... Sea cual sea nuestro lugar de nacimiento, podemos sentirnos paisanos de don Hilarión y Fortunata, pero, también, visitar la Residencia de Estudiantes, disfrutar con el paisaje velazqueño o recibir la perenne lección estética y vital de los espejos de la calle del Gato.